

con Lafayette á la cabeza... Adios, es preciso sepultarse en la obscuridad y consolarse con las virtudes privadas de los horribles males en que van á sumirnos: por lo menos conservemos allí el fuego sagrado de la libertad, etc.» (1).

Efectivamente, no tardó en salir para Villefranche con su esposo, el cual habia ya desempeñado la mision que le habia encargado la ciudad de Lyon: vuelve á ver á su querida Eudora buena, sensible y contenta con su llegada, mas que cuanto pudiera ponderarse. Siente por su marido y por su hija el verse otra vez postergada en el silencio y la obscuridad. *Rolland está hecho á la vida pública, y le es mas útil que él no se figura, porque su energía y actividad le son perjudiciales á la salud cuando no puede emplearlas conforme á su inclinacion. En cuanto á mi niña, me prometia grandes ventajas para ella con la residencia de Paris.*

Pasaron el otoño cuando en Villefranche, cuando en el seto de la Platière; y hácia el mes de diciembre, habiendo perdido Rolland el destino de inspector de fábricas, que fué suprimido, sin que ni siquiera se le concediese la paga de cesantía á que le daban derecho cuarenta y un años de servicio, resolvió continuar sus trabajos enciclopédicos y volver á Paris, donde ya se habia dado á conocer por su patriotismo y vastos conocimientos. Intimidada la corte á la sazón, trataba de volver á adquirir popularidad, y se inclinaba á escoger por ministro á algun hombre de circunstancias y capacidad del partido de los jacobinos. Fué designado Rolland como digno de esta eleccion por su mérito y amplios conocimientos administrativos; y habiéndosele hecho pedir si admitiria el ministerio del interior, no se arredró á la vista de las dificultades de semejante destino, animado con la esperanza de ser útil á su pais y á la causa de la libertad.

Dumouriez fué quien le notificó su nombramiento. Con la ojeada certera que echó sobre este madama Rolland, halló tal disonancia entre él y su marido que le pareció imposible que estos dos ministros pudiesen ir acordes mucho tiempo:

(1) *Idem*, 295.

en el uno todo era rigidez y severa equidad, sin ninguno de los talentos del cortesano ni las consideraciones del hombre de mundo; y en el otro veía un socarrón muy vivaracho, de mirar falso y espíritu desenvuelto, y un osado paladin que tenia aire de burlarse de todo, escepto de sus intereses y su gloria.

Una vez ministro, pronto se hizo cargo Rolland de todas las partes de su departamento con su increíble actividad, su soltura en el trabajo y su admirable espíritu de órden. La primera vez que se presentó en la corte con la sencillez de su trage, su sombrero redondo y los zapatos con cintas, dió lugar á la admiracion y al escándalo de los cortesanos, que como no existen sino por la etiqueta, creen que la salud del imperio se cifra en su conservacion. «¡Como! zapatos sin hebillas? dijo el maestro de ceremonias en voz baja á Dumouriez, con aire inquieto y fruncidas las cejas, señalando á Rolland con la vista torcida.—¡Ay, amigo mio! todo está perdido, contestó el maligno Dumouriez.»

M. Lemontey pinta de un modo gracioso la familia de Rolland en los salones del ministerio: «El marido de madama Rolland parecia un cuáquero, y ella hija suya; su niña daba vueltas á su alrededor, suelta la hermosa cabellera hasta la cintura. Creia uno ver á los habitantes de la Pensilvania trasladados en los salones de Calonne.» No se dejaron deslumbrar por esta elevacion de fortuna, ni olvidaron la posibilidad de una caida, pues conservaron la reducida habitacion que antes habitaba en la calle de la Harpe. «Es un retiro, decian, que siempre debe tenerse á la vista, al modo que algunos filósofos el ataúd (1).»

Cuando madama Rolland veia llegar á su marido con Clavière, tan satisfechos de las disposiciones de Luis XVI, confiados en su palabra, y saboreando ya el giro que debian tomar las cosas, porque él en todas ocasiones les protestaba con palabras de franqueza que daria impulso á la constitucion, y les manifestaba aquella especie de interés con que saben congra-

(1) *Correspondencia autógrafa*, pág. 340.

tularse los grandes, ella difería algun tanto de aquella opinion y : «Ni era Luis XVI, decia, el tonto bestial que se suponía al pueblo para concitarle su desprecio, ni el hombre de bien, sensible y bondadoso, que sus amigos preconizaban. Tenía mucha memoria y suma actividad; sabía los nombres y las anécdotas de todas las personas de la corte, y en poco tiempo estuvo al corriente de los sugetos que de un modo ó de otro habían figurado en la revolucion, de suerte que cualquiera que se le citase era conocido de él por algun hecho particular. Mas, faltábale á Luis XVI elevacion de alma, osadía de imaginacion y fuerza de carácter, y las preocupaciones religiosas y los principios jesuíticos habían apocado sus miras y falseado sus sentimientos. Hemos de confesar que las ideas religiosas, la creencia en un Dios y la esperanza de la inmortalidad están en grande armonía con la filosofía, y constituyen su base principal al paso que le dan el mayor realce; pero la religion de nuestros curas solo presentaba objetos de miedo pueril y de miserables prácticas para suplir á las buenas acciones, consagrando por otra parte todas las máximas del despotismo en que se apoya la autoridad de la iglesia. En una palabra, Luis XVI tenía miedo al infierno y á la escunion (1).»

La inminencia de los sucesos reclamaba decretos decisivos, y el rey los eludía; en consecuencia, juzgóse conveniente dirigirle una esposicion firmada por todos los ministros, en la cual se le hacían las mas urgentes representaciones con el fin de obligarle á firmar ó ponerle á descubierto á la faz de la Francia. (Uno de estos decretos era relativo al clero, y el otro al campamento de veinte mil hombres propuesto por Servan.) Madama Rolland fué la que redactó aquella célebre esposicion, escribiéndola de un tiron insiguiendo las bases que concertaron con su esposo; cuyo documento ha pasado á la historia, y es un modelo de sagacidad, oportunidad y energía. Diósele curso, sin embargo de que los demas ministros se negaron á firmarla, alegando pretestos evasivos; y el rey, á

(1) *Memorias*, pág. 419.

quien no le gustaban las verdades atrevidas, la recibió con la destitucion de los ministros; pero habiendo sido comunicada á la asamblea, esta decretó que aquellos se habían hecho dignos del aprecio y estima de la nacion, disponiendo que la esposicion fuese impresa y remitida á los departamentos. En ella se censura al rey porque se rodea de enemigos de la revolucion, porque reitera al pueblo promesas que no cumple jamas, porque da muestras de querer restablecer la nobleza, porque tiene por limosnero á un cura no juramentado, etc.

Vamos á dar una esplicacion acerca la clase de relaciones que había entre los trabajos de madama Rolland y su marido, y nos serviremos al efecto de lo que publicó ella misma sin duda para refutar el chiste que cundió relativamente á Rolland, esto es, *que él era el cero y su muger el guarismo*. «El hábito y la inclinacion á la vida estudiosa me han llevado á tomar parte en sus trabajos; tan natural me era escribir como comer con él, pues como yo no existía sino para su felicidad, dedicábame á aquello que era mas de su gusto; si él describía las artes, las describía yo tambien; como era amante de la erudicion, ayudábale á hacer indagaciones; si quería distraerse en mandar alguna composicion literaria á una academia, la escribíamos por junto ó separadamente, y cotejábamos despues los dos escritos para escoger el mejor ó refundirlos en uno; si él hubiese hecho homilias, las hubiéramos compuesto yo tambien. Si se hacia particular mencion de algun trozo de sus producciones en que sobresaliesen las gracias del estilo, gozaba yo de la satisfaccion que tenía Rolland, el cual, sin echar de ver si era ó no lo que yo había compuesto, persuadíase al fin que realmente había tenido buena ventura al escribir aquel pasage que tal vez había salido de mi pluma. Tratábase en la vida ministerial de estender una circular, una instruccion, un escrito público de importancia, conferenciábamos los dos sobre el particular, y como ambos no teníamos mas que unos mismos sentimientos é iguales principios, siempre quedábamos acordes acerca el modo de hacerlo, y yo me encargaba de tomar la pluma porque tenía mas tiempo. Aunque no me hubiese tenido á mí, no por esto hu-

biéra sido Rolland peor administrador, pues nadie le quita la actividad, el saber y la probidad; pero conmigo ha producido mas sensacion, porque yo echaba en sus escritos aquella mezcla de vigor y blandura, de autoridad del raciocinio y encantos del sentimiento, que tal vez solo son peculiares de una muger sensible dotada de un juicio recto; complacíame en hacer aquellos escritos porque juzgaba que habian de ser de utilidad, y me daban mas satisfaccion que si se hubiese sabido que eran obra mia. Mi principal anhelo es la felicidad, y esta la cifro en el bien que hago, sin que tenga necesidad alguna de gloria (1).»

Así escribió ella en nombre del consejo ejecutivo sin nombrarse la famosa carta al papa en que reclamaba los artistas franceses encarcelados en Roma, con la energía de carácter propia de una república *harto poderosa para emplear la amenaza, pero harto pundonorosa para disimular un ultrage, y pronta á castigarlo si no producian el debido efecto sus inofensivas reclamaciones*; á cuya lectura mandó el papa que los artistas fuesen puestos en libertad.

La vida intelectual y política de madama Rolland sufrió una sensible modificacion al ver de cerca el inmenso mecanismo del gobierno, y al tratarse de haberlo de manejar por sí; á cuya vista la llena de confusion cuanto ha querido antes que se hiciese. Vió que su pensamiento anduvo mas allá que el mismo progreso, y que con su impaciencia se habia adelantado mucho al movimiento del siglo; y ahora el siglo ha de pasarle delante, y si ella se queja será porque no puede refrenarle: ya no exige ahora, como antes de la fuga del rey, medidas recias y absolutas, y en una palabra, como se espresa un autor chismoso, ya empieza á estar á raya. Al bajar por esta primera vez del ministerio, Rolland y su esposa vivieron ya en una quinta de Champigny-sur-Marne, ya en la habitacion de la calle de la Harpe, núm. 81. Empero no por esto cesa un instante la actividad política de nuestra heroína,

(1) Memorias.

antes bien conserva todas las relaciones y correspondencias con sus amigos y allegados.

Por fin, Rolland fué llamado por segunda vez al ministerio en 10 de agosto de 1792, y tomó posesion de él bajo el cañon que derribaba la monarquía. Poco aumento hubo en su casa, ni tertulias, ni visitas, y limitóse en dar dos convites de quince cubiertos cada semana, que principiaban á las cinco y á las nueve no quedaba ya nadie en casa. Estos fueron los banquetes que los oradores de la tribuna pintaron como festines suntuosos, en que, cual otra Circe, corrompia madama Rolland á todos los que tenian la desgracia de sentarse en ellos. *He aquí lo que venia á ser aquella corte de que me hacian reina, y aquel foco de conspiracion á puerta abierta.*

Entre los muchos personajes cuya pintura nos ha transmitido madama Rolland con tanto ingenio, citaremos á Necker y Thomas Payne. «Necker lo mismo chapucea en política como en su estilo; á fuerza de tener buena opinion de sí, la inspira á los demas, y continuamente está hablando de su carácter cual las mugeres de corte de su honestidad; es un mal piloto en la tormenta revolucionaria. No le falta talento, luces, saber, filosofía y otras prendas agradables; pero no se halla en él aquel criterio exacto que da el justo valor á cada cosa ni aquel alcance de premeditacion, que penetra en el porvenir. Thomas Payne llama mucho la atencion por sus pensamientos osados, la originalidad de su estilo y las amargas verdades que audazmente suelta ante los mismos á quienes ofenden; pero mas parece á propósito para arrojar esas chispas de calor, que para discutir las bases ó preparar la organizacion de un gobierno; mas bueno es Payne para despejar una revolucion que para ayudar á formar una constitucion; abarca y establece los grandes principios y los espone de un modo que al principio á todos deslumbra; en suma es lo que se necesita para sorprender á un club y entusiasmar una taberna (1).»

El primer acto de Rolland á su vuelta al ministerio, fué

(1) Memorias.

remitir una circular á todos los departamentos invitando á que *todos los partidos se uniesen á la libertad, que constituye la comun felicidad, al órden, único medio de asegurar la primera, y al cuerpo legislativo, que es el encargado de espresar la voluntad general.*

Principia madama Rolland á contraer aversion contra Danton, á quien tenia que ver á menudo por su calidad de cólega de su marido en el ministerio de la justicia: «Al mirar esa cara atroz y espantosa, por mas que me dijese á mí misma que no debía juzgarse á nadie por dichos y que no supiese nada de cierto contra él, repugnábame sobremanera atribuir á ese rostro la idea de un hombre de bien. Jamas hé visto nada que tan exactamente caracterizase el arrebatado de las pasiones brutales, y el mas extraordinario atrevimiento, solapado por un aire sumamente jovial y una franqueza y especie de hombría de bien afectadas.» Cualquiera que intentase pintar á un hipócrita muy malvado, no tendria mas que tomar por modelo á *Fabre*, el cual, con hábitos, un estoque en la mano, ocupado en urdir una trama para disfamar la inocencia ó perder al rico de quien codicia la fortuna, se hallaria de un modo que le cuadrara perfectamente. *Garat*, literato adocenado, peor administrador, sin conocimiento alguno de política, comercio ni artes, sucedió de un modo absurdo, segun ella, con su ignorancia é índole perezosa, al hombre mas activo y que sin contradiccion está mas versado en esta clase de materias (Rolland).»

Ya llegan los dias de setiembre; ya la bandera negra anuncio de desgracias, está arbolada en la iglesia metropolitana, ya truena el cañon de alarma. A los primeros síntomas de conmocion escribió Rolland al corregidor del comun una carta muy urgente y terminante para amonestarle acerca la suma vigilancia que había de desplegar. No contento con esta medida, dirigióse asimismo al general Santerre para encargarle que reforzase las guardias y observase las cárceles, dirigiéndole á este fin un requerimiento formal que mandó imprimir y fijar en todas las esquinas, en que le intimaba la órden de cuidar que aquellas fueran guardadas con todo cuidado, haciéndole responsable de los resultados con su cabeza.

Empero; quien fuera capaz de contrarestar los sucesos! Rolland no consiguió mas que hacerse sospechoso al formidable partido que los dirigia, y, si se ha de dar crédito á su muger, hasta se quiso atentar á su persona en la tarde del dia 2 de setiembre. Esto no obstante, el dia 3 escribió, aconsejado por la misma, una carta llena de arrojo á la asamblea, quitando la máscara á los ejecutores de los asesinatos de setiembre, reclamando con infatigable energía la destitucion de la infame municipalidad que los dirigió y arrojando los peligros á que sabia esponia su cabeza. Recibióse esta carta con indecible transporte, y acto continuo se decretó que fuese impresa, espedita y fijada en los parages públicos. — Madama Rolland se va engolfando y enagenando cada vez mas, hasta el extremo de echar mil denuestos contra Marat, Robespierre y Danton. Dirigiéndose á Enrique des Issarts, escribe: «Nos hallamos bajo la cuchilla de Robespierre y de Marat. Haga Vd. por ver á Couthon y ponerle en razon; pues parece increíble que *un hombre tan cuerdo* se haya dejado prevenir de un modo irregular contra los mejores ciudadanos, como lo acredita hablando en el mismo sentido que la faccion, y sosteniéndola en los jacobinos con el peso de su integridad.» No sabe ella como esplicarse la escision que tiene lugar entre los que vacilan y los que precipitan la marcha. «Pregunta, inquieta y azorada, ¿qué rara manía es esa la de acusar perpetuamente de intriga y ambicion á unos hombres que siempre han hecho entero sacrificio de sus almas y talentos en pro de la causa pública?» (1).

Uno de los dias que siguieron á aquellos nefandos acontecimientos, fué presentado á Rolland el célebre Anacarsis Clootz; y versando la conversacion sobre dichos sucesos, este quiso demostrar que eran una medida saludable é indispensable, usando de muchos argumentos vulgares *acerca los derechos de los pueblos, la justicia de sus venganzas y la utilidad que reportaban en beneficio de la felicidad de la especie; habló mucho tiempo y en voz muy alta, comió tambien muchísimo, é incomodó aun mucho mas.*

(1) Cartas autógrafas, pág. 343 y siguientes.

«La última vez que vino al ministerio, añade madama Rolland, volvió á darlas en su tema, y encastilló de nuevo todas sus extravagancias sobre la posibilidad de una convencion compuesta de diputados de todos los ángulos del mundo; y Buzot, que no es hombre para perder mucho tiempo en lidiar contra molinos de viento, mudó de conversacion, y dijo que extrañaba que se tratase al federalismo de heregía política; hizo presente que la Grecia, tan célebre y fecunda en grandes hombres, se componia de pequeñas repúblicas federadas; que los Estados Unidos, que á la sazón presentaban el modelo mas interesante de una buena organizacion social, formaban un compuesto de la misma clase, y que lo mismo podia decirse de la Suiza.

Sospechó madama Rolland que á consecuencia de esta disertacion, indignado Cloutz porque no prosperára su persona con su sistema y sus discursos, delató á Buzot como fautor de una conjuracion á cuyo frente se hallaba Rolland, con el objeto de sublevar la Francia, y segregar de Paris á los departamentos.

Diariamente se dirigian nuevos ataques contra Rolland, lloviendo sobre él de todas partes en la junta de los jacobinos libelos, acusaciones y calumnias. Concibió y ejecutó la idea de establecer una correspondencia patriótica para ilustrar á las sociedades populares y formar la opinion; madama Rolland suministró muchos artículos *en que siempre respiraban aquella moralidad y aquel afecto embelesador que cautivan los corazones*. Si se le ha de dar crédito á ella misma, la correspondencia produjo los mejores resultados, cesaron los disturbios, y á la efervescencia que desorganizaba la sociedad siguió un espíritu mas sosegado; vieron el buen éxito con ojo envidioso los enemigos de Rolland, y, menos zelosos de la conservacion de la libertad y de la consolidación de la república que obcecados por el crédito de este último, acusáronle de tener despachos de espíritu público, de corromper la opinion y de aspirar al poder supremo. Penetrada la asamblea del bien que difundian aquellas publicaciones, á falta de la instruccion pública que aun no estaba organizada, decretó que se pondria á su disposicion la suma de cien mil

francos para propagar escritos de utilidad, cuya eleccion dejaba á su cuidado.

Apesar de que Rolland no tenia afecto á Luis XVI, pronuncióse abiertamente contra su muerte, calificándola de injusta é impolítica. Desde entonces trabóse una verdadera lucha entre el animoso funcionario que permanecia en el timon á pesar de la tempestad, y los envidiosos que sublevaban las olas para sumergirle. Rolland presentó sus cuentas, y *su fidelidad llenó de rabia á sus enemigos*, quienes juraron perderle, redoblaron los esfuerzos, y estendieron su persecucion hasta su muger, que era tenida por su cómplice. Creyóse haber hallado ocasion de perderla en 7 del próximo diciembre, á cuyo fin Chabot se habia concertado con un llamado Viand para denunciarla á la convencion, en circunstancias en que ya los ánimos estaban predispuestos á descubrir la mas horrenda trama: nada menos se trataba que de una correspondencia tenida por madama Rolland con el ministerio británico, y con este motivo fué citada á la barra, donde compareció con la dignidad que siempre la acompañaba. A su vista estallan repetidos y numerosos aplausos: su voz tan pura y su lenguaje tan perfecto le concilian todas las voluntades; las esplicaciones que da son tan justas, que las deposiciones tornan en confusion de sus acusadores, siendo ahora Viand quien aparece sospechoso y de quien pudiéra creerse que está pagado por los ingleses. «Sin embargo de que no estoy muy ejercitada en estas cosas, dice madama Rolland al terminar, me parece que descubro en ese caballero algo que me indica que mas bien ha venido para servir de espía que para otra cosa.» No pudiendo Robespierre contenerse ya por mas tiempo, levantóse y dijo: «*Me parece que de este asunto resulta que el verdader culpable es el acusador.*» Madama Rolland triunfó completamente, y la asamblea le honró con los honores de la sesion.

Vióse tan hostigado Rolland que tuvo que renunciar al ministerio, á pesar de la resolucion que habia formado de mantenerse en él conjurando la tempestad y arrostrando toda clase de peligros; pero ya no habia medios de permanecer en su puesto, á no ser que consintiese en aceptar como suyas las lo-

curas que la mayoría parecía dispuesta á multiplicar. En consecuencia, escribió á la convencion la siguiente carta llena de dignidad: «Vengo á presentar á la convencion mis cuentas, mi dimision y mi cabeza. He cumplido con mi encargo; y puesto que se ha llegado á decir que la misma virtud era peligrosa cuando podia servir de punto de reunion en torno de un individuo, ya creo llegado el tiempo de sustraerme á la vista del público y á la inquietud de una fraccion del cuerpo legislativo. Provoco toda la severidad de la convencion sobre todas las partes de mi administracion, sin que tema las consecuencias; y para aguardarlas y pasar por ellas no saldré del recinto de Paris.» Empero su solo nombre era en la convencion un motivo de disturbio y division: de todos lados salian clamores contra él, y Marat pedia su cabeza (1). Ya en aquel mismo dia habia habido un amotinamiento en su casa. Los amigos de madama Rolland la aconsejaron que se disfrazase para evadirse y apartar el peligro: habiendo ella accedido á sus instancias, dióse en la dificultad que la cofia no era bastante ordinaria, y propusieron sustituirla con otra; pero disgustóse ella con este nuevo trage, y despechada arrojó la cofia y todo lo demas, diciendo: «Me avergüenzo del papel que quieren que haga; ahora no voy á disfrazarme ni á salir: si quieren asesinar-me, ha de ser en mi casa; debo dar este ejemplo de valor, y lo daré.»

Mas cuando en 31 de mayo sonó el fatal rebato, fueron á detener á Rolland en virtud de un mandato del comité revolucionario; y no reconociendo él su autoridad, negóse á obedecer, como no tenian orden los emisarios de usar de violencia, limitáronse á hacerle firmar una protesta y se retiraron, y luego Rolland se evadió.

Sale acto continuo madama Rolland para ir á denunciar á

(1) Sin embargo, la convencion aun le invitaba á conservar su destino. Con este motivo Danton exclamó: «Supuesto que se hace una invitacion al caballero, es preciso hacer otra á la dama: conozco todas las virtudes del ministro; pero necesitamos hombres que sepan ver sin los ojos de su muger.»

la convencion este acto ilegal, anhelando esplayar en torrentes de elocuencia el sentimiento que en su pecho rebosaba; mas de ningun modo puede conseguir abrirse paso ni que la oigan, pasando lo restante de la noche hasta las doce en vanas diligencias. Juzga que es deber suyo permanecer en Paris no obstante la inminencia del peligro, y á pesar de tener un pasaporte despachado para el extranjero. Aun no habia gozado de una hora de descanso, cuando van á intimarle una orden de la municipalidad en virtud de la cual, sin alegar motivo alguno, debe ser conducida á la Abadía, y han de ponerse sellos de embargo en su casa: tiene que pasar por entre dos filas de hombres armados, oye unas voces que gritan: ¡á la guillotina! y llega á la cárcel (1). ¡O fatalidad! á no haber sido una indisposicion que la detuvo algunos dias, madama Rolland se hubiéra hallado lejos de Paris con su marido y tal vez hubiéra evitado la suerte fatal que les aguardaba. Ella se esplica de este modo: «Yo tenia que arreglar muchos asuntos domésticos en el campo, y la salud me aconsejaba que fuéa á él para respirar el aire libre; si nuestros enemigos trataban de llevar las cosas al estremo, podíamos muy fácilmente librarnos de ellos. Aun no era este el motivo mas poderoso que tenia; otra causa, enteramente personal, que tal vez escribiré algun dia, me inducia á marchar.

¿Cual podrá ser esta poderosa causa? M. Champagneux dice que tuvo conocimiento de ella, y que no quiere descubrirla; pero sus reticencias la dan á sospechar: ella misma escribió al referido lo que sigue, bajo el nombre de Jany: «He experimentado los sentimientos generosos y terribles que jamas se inflaman tanto como en las revueltas políticas y la confusion de todas las relaciones sociales. No he sido infiel á mis principios, y tengo derecho para decirlo, el mismo ataque de las pasiones no ha hecho mas que poner á prueba mi valor: en suma, he tenido mas virtudes que goces, y aun pudiéa pasar por modelo de privacion de estos

(1) Cuando fué detenida madama Rolland y se escapó su marido, se propagó esta voz: que á falta del cuerpo se habia cogido el espíritu.